LA DANZA DE LA MUERTE

Un museo de historia tiene algo de tienda de anticuario. Entramos en él con la esperanza de descubrir un objeto único entre ese enorme fárrago en que muebles, tapices y cerámicas se amalgaman, se mezclan y se pierden en un exceso de promiscuidad. Cada uno de esos objetos por sí solos nos interesaría ó nos conmovería hondamente; todos reunidos, hacinados, expuestos con su tarjeta explicativa delante, pierden su interés. Los museos tienen para las cosas algo de lo que tienen los asilos para los pobres: lo igualan y lo confunden todo. El asilo y el hospital representan la miseria de la sociedad, que crea la casa de todos, porque cada uno no puede tener su casa. El museo es también una casa de todo y de todos: de todo lo que es imposible conservar en el sitio para donde fué creado, único en que puede tener su vida completa y conservar la emoción que se propuso el artista.

Sólo algún que otro objeto de un valor consistente y único queda en nuestro recuerdo, destacado de esos otros que creemos haber visto en todas partes y que se designan como *piezas de museo.*

Las danzas macabras son de las que conmueven siempre. Es frecuente encontrar este asunto, por el que pintores y poetas mostraron gran predilección á fines de la Edad Media y comienzos de la nuestra. Muchas veces la célebre danza me ha hecho detenerme á meditar; recuerdo entre otras, la de Lucerna y la de Lubeck, pero ninguna me ha causado impresión tan honda como la de Basilea.

Tal vez contribuye á esta emoción que el museo donde se conservan sus fragmentos está instalado en la nave central de una vieja iglesia, cuyas capillas laterales se han convertido en habitaciones de tradicionales casas suizas. El museo tiene esa luz tenue y velada de las iglesias que envuelve las cosas en algo de misterio y les presta una especie de respeto melancólico de culto religioso, como si fuesen venerables reliquias.

Esta «Danza de la Muerte» fué pintada al fresco á principios del siglo XV sobre el muro del cementerio del convento de los dominicos, en la iglesia de San Juan, en Basilea. Se han salvado sólo á los desgastes del tiempo algunos fragmentos notabilísimos, que por la crudeza de color y lo ingenuo del procedimiento, recuerdan «El Triunfo de la Muerte», de Andrea Orcagna, en el cementerio de Pisa.

La Muerte y el Lisiado

Aunque se ha logrado restaurar toda la composición, que en realidad no es un cuadro, sino una serie de cuadros, con su moraleja y todo, no podríamos tener idea completa de la obra sin el viejo códice, colocado cerca de ella en un atril, que nos ofrece en sus grabados de madera, recios y definitivos, la idea cabal.

En primer término, de la primera hilera de cuadritos, de las tres que componen el fresco, se ve á un predicador que dirige la palabra á la multitud. Parece que les habla de la inestabilidad de las cosas humanas, porque en la escena siguiente una multitud de esqueletos, calaveras y huesos salen bailando al son de flautas y de tambores. La musa popular que ha puesto leyenda á todas las escenas dice: «Mortal, con respeto contempla tu pintura.—Igual que esos cuerpos odiosos serás tú al fin.—Así la flor de los campos que florece por la mañana. Por la noche no es más que un despojo estéril y sin forma.»

La Muerte y la Reina

Cuanto más se contemplan las escenas, más se revela la profunda filosofía de la obra, superior, con mucho, al libro de Maeterlinck de «Las Siete Canciones».

Aquí el artista le ha dado á su obra, con aparente despreocupación, una gran variedad y una gran ironía. La Muerte no perdona á nadie, invita á bailar á Pontífices, emperadores, reyes, reinas y emperatrices. Siguen cardenales, obispos, jueces, damas, nobles, artistas, sabios, bellezas célebres, mendigos, jóvenes y viejos; á todos les arrastra con un gesto regocijante; tiene esa familiaridad amistosa, de amigo dado á la francachela, que da grandes golpes en la espalda; de esos camaradas que se acercan sigilosamente por detrás y nos tapan los ojos para ver si los conocemos, ó nos enlazan súbitamente por el brazo para llevarnos con ellos.

La Muerte y la hermosa

Esta Muerte, más que trágica, es burlona; quizá la que se aparece más dolorosa es aquella que ostenta cara cadavérica y conserva sobre el esqueleto las últimas piltrafas de la carne; es la menos real, y tal vez por eso la más

La Muerte y el Papa

repugnante. Se nos presenta con la sencillez de un hecho natural que no debe ser temido.

No hay para todos igualdad en la muerte; hay una variedad que indica que la muerte es algo nuestro y que va con nosotros. Lo revelan las actitudes. La Muerte del manco es manca como él. Hay en ella gestos de cariño ó de burla para los que elige. Parece que con las mujeres intenta un vals más alegre que con los hombres. Es saltarina y le gusta, sobre todo, tocar algún instrumento de música: flautas, violines, castañuelas, zampoñas y violas. Ella las toca con alegría, se adorna con sombreros, con mantos y con plumas. Sus palabras, que están llenas de una fina ironía, con los poderosos, son de una gran ternura y da consejos maternales á esas gentes humildes que se dedican á ganar pobremente su vida. Tan transi-

gente es, que permite á todos una respuesta á su invitación. Una respuesta llena de humildad, de miedo; todos están sorprendidos en su ambición; sólo lo pobres, los desdichados, la siguen contentos, como los que imploran. «¡Oh, Muerte, sueño de mi pena.»

Cuando sorprende al buhonero y le arrebata su escaparate y tiendecilla ambulante, él exclama:

«Oh, Muerte, te suplico que esperes á que mis deudores me hayan pagado.»

Un cardenal dice:

«Morir cuando yo espero llegar antes de un año á la mayor grandeza.»

La reina suplica:

La Muerte y el Emperador

«Déjame vivir lo bastante para que aprenda á morir.»

El ciego, al que ha separado de su perro lazarillo la tijera de la Parca:

«Sin vista, sin amigos, separado de mi pobre perro, sea la Muerte vien venida.»

La esposa de un pintor que ha perdido su familia, se resigna:

«Vamos á reunirnos todos al pie del Altísimo.»

El gordo cocinero protesta:

«La Muerte me llevará al lugar donde todos los días es cuaresma.»

Con el bufón la Muerte se viste de bufón también y lo arrastra á pesar de la queja:

«No respetas ni siquiera á los locos.»

Y así como con los humildes es amable y dice al mendigo:

«Pobre viejo impotente, en el mundo no eres

Evocación de los difuntos

más que un fardo, en mi ronda danzarás al lado de los reyes.»

Y á la jovencita:

«La palidez se ha extendido sobre tu semblante; no tengas miedo y dispón tu corazón para danzar sólo conmigo.»

Con el usurero es cruel:

«Alma infame y vil, no eres más que un la-

El predicador y los resucitados

drón y seguirás las huellas de un guía tan negro como tu corazón.»

Dice á la emperatriz, galante:

«Vuestros cortesanos han huído, tomad mi mano y danzaremos juntos.»

Invita al kaiser:

«Tenéis la barba gris; disponéos á seguidme; mi trompeta os manda partir.»

Y al Pontífice:

«Santo Padre, comencemos la danza; ni tiara ni honores algunos del paso decisivo os pueden dispensar.»

Esta familiaridad, esta falta de respeto con los poderosos, responde también al espíritu de la época y me recuerda la farsa de Juan de Pedrosa Tendidor, vecino de Segovia, intitulada también la «Danza de la Muerte», de la cual son personajes el Papa, el Rey, el Pastor, la Dama, la Razón, la Ira y el Entendimiento. En esa farsa, que es un auto sacramental, en el cual su autor declara estar escrito para honrar al Santísimo, la Muerte usa este lenguaje con el Pontífice:

«—Oh, cuán sin acuerdo de mí, y sin temor,
Yaces en vicios terrenos jatando
La gloria pasible de acá procurando,
Soberbia mostrando por ser gran señor,
En quien la humildad, según que á pastor
Había de ser grande ejemplo al ganado,
Y pues fué al revés, irás muy priado
Comigo á do cuenta darás de tu error.»

Hay que tener en cuenta la época de lucha y de opresión en que aparecen estas manifestaciones del arte para comprender cómo la ocasión de poder expresar el deseo de igualdad y justicia era acogido por los artistas con un entusiasmo y una pasión que han bastado para hacer sobrevivir sus obras por la fuerza vital que á través del tiempo perdura en ellos.

La moraleja de la composición estriba en los versículos del Apocalipsis: «Nadie debe creerse mejor que otro y olvidar su miseria, su pobreza y su desnudez.» Adán y Eva están cerca del final, y en último término, una ciudad desierta y desolada.

Siendo una cosa tan macabra, toda la composición está, sin embargo, llena de serenidad, de jovialidad, de algo tan humano, que hoy nuestro credo estético, cansado del amaneramiento, del realismo, del academismo, se vuelve hacia esas obras de un primitivismo ingenuo que despiertan la emoción y hacen pensar.

CARMEN DE BURGOS

La Muerte y el Bufón